

La Fiesta de la Vendimia

Este año, la Fiesta de la Vendimia, según oficialmente se ha informado, no escapará a las normas de austeridad y disminución del gasto público que, dispuestas desde los más altos niveles de la conducción nacional, las provincias y sus gobiernos, igualmente deberán respetar, tanto por las órdenes que al respecto se hayan impartido, como por una necesidad insoslayable de reducir gastos por todos los medios posibles.

Como es ya histórico —y es cosa que siempre hemos objetado total o parcialmente— los gastos multimillonarios que demanda la concreción de la principal fiesta de Mendoza, han salido de las arcas del Estado provincial. Si ese evento debió ser encarado por las fuerzas productivas que representan al sector vitivinícola, huelga decir que en las circunstancias y coyuntura que el mismo vive, esto resultaría absolutamente imposible.

Nuevamente el Estado provincial deberá afrontar esa alta erogación, si bien por las mismas declaraciones de funcionarios, que tienen a su cargo la organización, este año nuestra tradicional fiesta vendimial se apartará de los cánones en que siempre se ha desenvuelto —sin dejar de conservar su fisonomía tan conocida— para ser reducida, en cuanto a gastos, a lo realmente indispensable. Desechada, por lo que se ve, la idea de llevarla a cabo en el estadio mundialista, volverá de nuevo a brillar en el magnífico anfiteatro Frank Romero Day, si bien esta vez tendrá como único escenario el conjunto arquitectónico allí levantado, sin que se utilicen los cerros aledaños como complementos lumínicos y hasta representativos de una fiesta que ha adquirido renombre nacional e internacional.

Hay que dar por aceptadas las razones financieras y presupuestarias que recortarán este año esos impresionantes desfiles, con remembranzas históricas, no sólo de nuestro pasado y acervo cultural, sino también de otros países que fueron los que entregaron a la Argentina sus más altas cuotas de inmigrantes.

Podríamos disentir —todo es materia discutible— con las opiniones que fueron publicadas en medios locales. Como debemos manejarnos con realidades, lo cierto es que las más resonantes fiestas fueron, posiblemente, una repetición de una línea argumental muy conocida. Lo indoamericano, el indigenismo, como factor autóctono, y las páginas de nuestra historia nacional e incluso la gesta libertadora. Todo ello, claro está, envuelto en un ropaje siempre atrayente en cuanto algunos directores vendimiales usaron sabiamente del contorno serrano que rodea el anfiteatro, e hicieron despliegues fastuosos de luz y sonido, que no dejaron de impresionar al masivo auditorio que asiste a la celebración máxima vendimial. Generalmente, quien ha visto, ya sea por obligación periodística profesional, o porque se trata, y eso no hay que dudarlo, de una fiesta de alto sentido popular y el pueblo hace cualquier sacrificio por acudir siquiera sea a los cerros cercanos para presenciar el espectáculo central, no encontrará demasiadas diferencias entre unas y otras.

E incluso hay más; al ser una fiesta de masas, para masas, muchos de los defectos que encontraríamos fácilmente en un espectáculo teatral común, aparecen allí difusos o escapan de la percepción de los espectadores por la sencilla razón de la distancia, que a muchos de los asistentes los separa del monumental escenario y se dejan llevar por la sugestión de la música o el movimiento de centenares de figurantes y personajes, sin calar hondo en lo que un crítico avezado no dejaría de percibir.

Queríamos reflexionar algo sobre el contenido de la fiesta de este año, sobre la que se opina que, aparte de las restricciones presupuestarias que deberán tomarse como referencia, hay que cambiarle en algo ese estilo tradicional en que por tantos años se vino desenvolviendo. Una especie de adiós a lo histórico y una mayor adaptación a las nuevas formas musicales que son hoy más privilegio de la juventud que de los consecuentes melómanos que existen y existirán siempre. En síntesis, ofrecer dentro del espectáculo algunas de las clásicas formas de la cultura teatral o coreográfica, lo cual no es del todo desacertado. Cosas de éstas, salvando el tiempo, la distancia y la oportunidad, las hizo el insigne poeta García Lorca, que a bordo de un destartado carrromato visitaba aldeas y pueblos españoles representando teatro clásico peninsular, lo que es, igualmente, una forma de enseñar al pueblo a conocer sus ancestros culturales y literarios. No queremos dar una opinión terminante al respecto. Quizás más valga aguardar este experimento que se desea hacer este año dentro del embretamiento que supone una drástica reducción presupuestaria, y después hacer el balance de lo visto y escuchado. Definitivamente quien va a juzgar es el pueblo que asiste. Este será quien dé su última palabra. Y el periodismo también.